EL SUEÑO DEL K2, A NUESTRO ALCANCE

PAKISTÁN, 1983

A nuestro regreso a Katmandú, de vuelta de aquella expedición al Gauri-Shankar, solicitamos el permiso para el Everest, pero para entonces Antonio ya tenía concedido el del K2. Y quería contar conmigo.

Podríamos intentar subir a la cumbre del K2 en el verano de 1983, por la arista oeste –abierta en aquel mismo 1981 por un potente equipo japonés, el país puntero entonces en la escalada de ochomiles–, si conseguíamos el dinero que costaba aquella empresa, cosa tan difícil como la propia ruta que queríamos escalar.

Volvía a repetirse la secuencia habitual: primero la idea y la convicción firme de llevarla a cabo. Después, a trabajarla, a buscar el grupo idóneo, los medios y… el dinero, lo más importante, lo más difícil, no solamente para poder pagar los billetes de avión con destino a Islamabad, sino –lo más urgente, lo imprescindible–: adelantar la cantidad correspondiente al permiso, que el Gobierno de Pakistán exigía como trámite inexcusable.

¿Qué pasaba por las almas de exploradores, descubridores, aventureros, muchos de cuyos nombres aún rezuman gloria, en los tiempos en que debían, también, buscar patrocinadores poderosos para sus empresas?

Seguramente aquellos aventureros deseaban gloria y dinero, que traían a espuertas a sus mecenas de sus viajes, pero ¿qué podían ofrecer gentes de «vivir irregular», como nosotros, a un

presunto patrocinador a quien había que considerar inteligente mientras no se demostrase lo contrario? Lo evidente era que, de la misma manera que no era oro lo que podíamos traer al presunto patrocinador, tampoco lo esperábamos para nosotros.

Yo, por ejemplo, seguía pagando religiosamente, mes a mes, y así continué durante años, el préstamo personal que me había permitido realizar la expedición al Gauri-Shankar, aunque nada me preocupaba menos que mis obligaciones económicas. Ahora, lo único que deseaba era volver a ponerme en marcha hacia una montaña alta y difícil.

«Las pasiones humanas son un misterio…» Si dábamos con algún patrocinador apasionado, quizá no necesitáramos explicarle nada, pero si no era así, y lo más probable es que no fuera así, ¿cómo podríamos transmitirle que era bueno, muy bueno para nosotros y para él, sobre todo para él, poner unos cuantos milloncetes encima de la mesa para que nosotros pudiéramos llevar a cabo nuestra *campaña de Indias,* campaña de la que no iba a volver nave alguna cargada de riquezas? ¿Qué podía suponer cualquier presunto patrocinador que buscábamos en una montaña como el K2? Y, por otra parte, ¿qué podía interesarle que nosotros pudiéramos poner en su mano?

Ahora, los modernos mecenas ya no toman posesión ni obtienen, por decirlo con mucha benevolencia, riquezas, como los de aquellos tiempos de descubrimientos. Venden, eso es lo que hacen los modernos presuntos patrocinadores. Y ¿qué necesitan para vender? Imagen, necesitan imagen; tal es el oro actual.

No llegábamos a estas conclusiones, por supuesto, en aquellos momentos de apasionamiento intenso por el K2. Esa capacidad de análisis reposado se manifestó mucho después. Por otra parte, todas estas disquisiciones, felizmente, no nos sirvieron de nada para resolver nuestros problemas financieros.

El día en que celebramos la primera reunión preparatoria para nuestra primera cita con la Montaña de las Montañas –poco a poco leíamos algo e íbamos haciendo nuestras las cosas

más grandilocuentes que se habían dicho sobre el K2– era domingo; el mismo día de la semana en que recuerdo haber hablado por vez primera del K2, en el Citröen «dos caballos» desvencijado de Paco.

Era finales de 1981 o principios de 1982 y habíamos quedado en Campamento, un barrio de Madrid, en casa de los padres de Sebastián Álvaro. Yo era el único vasco de los allí reunidos; Javi no vino ni nos acompañaría al K2. Un día de mediados del noviembre anterior, sin haber descansado apenas de la expedición al Gauri-Shankar, mientras escalaba en los Alpes franceses, perdió aquella letra bonita y clara que yo recordaba y también una buena parte de la mano con que la escribía en una avalancha de hielo, en la que también perdió para siempre a Manolo Martínez y a Marisa Montes, sus compañeros de cordada.

Mientras los de aquel grupo recién formado hablábamos del K2, él se recuperaba en un hospital de Grenoble y empezaba a comprender, y a hacernos comprender, que aquel accidente del Cordier, en la Aiguille Verte, en el macizo del Mont-Blanc, muy a su pesar, le «había cerrado una puerta que ya no se iba a volver a abrir».

Salvo a Antonio, apenas conocía a los que tomaban parte en aquella reunión, mucho menos, las características técnicas de la ruta elegida, la vía japonesa del pilar oeste, pero me metí en el proyecto de cabeza. Llegado el caso, ya tendría tiempo de arrepentirme por lo que iba a hacer; ahora, de lo que se trataba era de no arrepentirme por lo que dejaba sin hacer.

De todos los que conocí aquel día, me quedé con Ramón Portilla. Antes de llegar a verle, oí que Toñín le decía a alguien por el pasillo:

—¿Has visto cómo está Ramón? No le queda más que nariz. ¡En los huesos! ¡Está en los huesos!

Ramón, Félix de Pablo y Octavio Galante, *Nano,* tres de los convocados, acababan de llegar del Thalay Sagar, un seismil extremadamente difícil del Himalaya indio; estaban, gracias a

unas diarreas de impresión, en los huesos, como bien decía Toñín. No se hacía extraña la delgadez de Félix y Nano, pero Ramón, complexión de judoka, hijo del carnicero de la glorieta de Embajadores, y de Elvira, a quien le gusta poner en la mesa unos cocidos de los de quitar el hipo, debía de quedar muy raro para quienes lo conocían de antes, tan raro, que se convirtió en protagonista involuntario de la reunión.

Yo deambulaba por la casa saludando a unos y otros, deseando saber quién era aquél del que sólo quedaba la nariz. Cuando finalmente me encontré con él, se esmeraba en «despellejar» a otros alpinistas madrileños, aprovechando que no estaban presentes. Tenía una media melena lacia y rubia que se mecía con dinamismo cuando movía la cabeza, unos ojos claros que miraban directamente, emanando calor y, efectivamente, una nariz puntiaguda que sobresalía de una tez efímeramente morena. Repartía vilipendios sin vehemencia, con cierta cautela, centrándolos más en lo estúpido de los aires de grandeza de que hacían gala los vilipendiados, a quienes yo conocía de oídas, que en las facultades o destrezas que aquéllos se atribuían, quizá gratuitamente. Por el tono en que hablaba parecía no considerarse a sí mismo completamente a salvo de fantasmadas.

—Tío, yo no soy un fantasma, pero me gusta tirarme el rollo —decía con socarronería.

De eso se trataba cuando gente de nuestra calaña se reunía para ver quién podía patrocinarnos una expedición: de tirarnos el rollo, para que luego alguien que pone un dinero, que generalmente no es suyo, pueda, asimismo, tirarse el rollo con el rollo de la expedición. Nosotros no podíamos ni siquiera sugerir, como hacían en otras épocas exploradores, descubridores o corsarios, que quizá volviéramos cargados de riquezas porque lo sabíamos a ciencia cierta, igual que Ramón, lo único que volveríamos sería… más delgados.

Riquezas y honores, oro y titulillos nobiliarios eran el *quid* de la cuestión en los albores del Renacimiento. Ahora los

pobres, que somos menos pobres que los de aquella época, ya nos hemos resignado a serlo, a no obtener nada más que titulillos, imagen para el vendedor, «rollo», en una palabra. Y, como aquellos descubridores de antaño, aspiramos a una parte de lo que ofrecemos a quien nos paga: no somos unos fantasmas, pero nos gusta «tirarnos el rollo». No me cupo duda: Ramón era un genio.

Cuando, recién estrenada la década de los veinte, le preguntaron a George Mallory sobre las razones que le impulsaban a intentar escalar el Everest, construyó, con su respuesta, un comodín para toda suerte de aspirantes a nuevos Mallorys carentes de imaginación: «Porque está ahí.» ¿Quién no le ha dicho esa frase alguna vez a un periodista?

Nosotros, desde luego, también recurrimos a la conocida respuesta de Mallory durante los preparativos de nuestra primera expedición de envergadura, en 1983.

Pero, en otro orden de cosas, aquella expedición nacía, por fortuna, distinta a la mayoría de las expediciones de entonces. Había que trabajar, y mucho, en diferentes ámbitos, pero por una vez no había que buscar dinero. Sebastián Álvaro, un corazón hirviente bajo una mente hirviente, que no calenturienta, metida en un cuerpo pequeño e inquieto, una increíble máquina de trabajar, uno de mis recientes amigos de Madrid, un maestro industrial que trabajaba como técnico de sonido en los informativos de TVE, había hecho el milagro: la tele corría con todos los gastos de la expedición a cambio de que filmáramos todo lo posible en el K2.

Poco antes de que la expedición partiera, nos pasamos varios días en casa de los padres de Sebas empaquetando en cajas de plástico, de 25 kilos cada una, más de cuatro toneladas de equipo y comida que debía salir hacia Islamabad por cargo aéreo. Con aquellas imágenes, con nosotros, jovencitos, pesando y llevando cajas de un lado para otro, empezaba el documental –de dos capítulos de una hora de duración cada uno–

que se montó al regreso de aquella expedición de 1983, mientras el locutor leía el guión de Sebas: «Aventura, según el diccionario, es una empresa de resultado incierto o que entraña peligros…»

Sebas, quizá por respeto, quizá por sobriedad narrativa, no hizo caso a mi idea de continuar el documental presentándonos a todos con fotos de cada uno en blanco y negro, de frente y de los dos perfiles, con el nombre junto a un número debajo, mientras la voz del locutor hubiera seguido: «aventurero: persona que vive irregularmente (…) o que se enriquece con medios ilegales (…) se aplicaba a los soldados reclutados sin seleccionarlos, al azar, que constituían en la antigua milicia grupos mal disciplinados…».

Sea como fuere, aquel grupo de personas que vivíamos irregularmente…, enriqueciéndonos con medios ilegales, salimos de Madrid con destino Islamabad, un 19 de abril de aquel año de 1983.

Pocos días antes de nuestra partida, me había ocurrido algo extraordinario: entre caja y caja, descanso y descanso, Violeta, a la que conocía desde varios años atrás, irrumpió en mi vida como algo muy distinto a un huracán: suave, apacible, respetuosa, definitivamente. Hasta entonces había conocido unas veces la soledad no deseada, y otras, la compañía conflictiva de algún amor turbulento encontrado en el camino de huida de la soledad.

Cuando llegué a empaquetar cosas a la casa de los padres de Sebas, en Madrid, estrenaba ilusionado una soledad, ahora sí deseada, un estado de ánimo en el que ojalá hubiera entrado antes. Pero las cosas suelen venir así: no siempre decides y, cuando puedes hacerlo, a veces nos falta coraje, y otras, costumbre.

Por primera vez en mi vida establecí una relación libre con alquien de quien me había enamorado. Sin sentirme presionado por su amor ni por mi soledad. Dicen que nadie escarmienta en cabeza ajena. Algunos ni siquiera en la propia: sin hacer caso de

las consecuencias de mi primera ausencia de Europa, yo me marchaba, y me marché. Pero afortunadamente para mí, y espero que también para ella, Violeta comprendía, además –algo que ha comprendido siempre–, que un buen amor no puede ser excluyente, que debe ser compatible con la libertad. Violeta ha superado veintidós años de K2, Broad Peaks, Makalus, Aconcaguas… y lleva camino de superar cualquier cosa transitoria que aparezca en nuestra vida. Y, salvo la muerte, todas lo son.

En ésas estábamos cuando, el 19 de abril, nos embarcamos en un avión en Barajas, rumbo a Islamabad, decididos a subirnos a la segunda montaña más alta del mundo.

Excepto Antonio Trabado, ninguno conocíamos el sabor que tiene el aire a ocho mil metros de altitud y sólo tres de los once que componíamos el grupo habían estado antes en un país islámico. En general, todos habíamos viajado muy poco aún y habíamos aprendido menos; íbamos por el mundo con la mirada puesta en las montañas, mirando sólo al frente y arriba, sin percatarnos de lo que se extendía a nuestro alrededor.

Cuando marchas por el mundo con esa actitud, no importa que las gentes que encuentras a tu paso no te conozcan, ni sepan de dónde eres, ni hablen tu idioma… te entienden rápidamente o, mejor dicho, te descubren a ti sin que tú descubras nada. Y si subes a «tu» montaña y todo te sale bien, puede que nunca descubras el paisaje lateral, con tantos o más quiebros –con tantos o más contrastes que esa montaña–, que existe al otro lado de tus orejeras invisibles.

Fracasamos en nuestro primer intento de escalar el K2. Yo regresé gritando a los cuatro vientos que por nada del mundo volvería a aquella montaña, que jamás volvería a pisar Pakistán ni territorio musulmán alguno… no siendo sino para formar parte de una nueva edición de las cruzadas.

Hay que decir, no obstante, en nuestro descargo, que entramos con mal pie en Islamabad:

—¿Qué dice, Nano, qué dice?

—Este hijo de puta quiere que le detallemos, por ejemplo, en el fardo número 23, el número de cajas de té que traemos, las bolsas que tiene cada una, cuántos gramos pesa cada bolsa…

Intentábamos sacar del aeropuerto todas las cajas que, durante días, habíamos estado llenando en casa de los padres de Sebas, las mismas cajas con las que se nos ve en la secuencia de inicio del documental, al mismo tiempo que el locutor lee la definición de aventura según el diccionario, las mismas cajas que habíamos enviado por cargo aéreo, indicando en ellas, una por una, en inglés y por triplicado, cuál era su contenido y su importe, concepto por concepto, partida por partida.

En once días no hicimos otra cosa que ir al aeropuerto y volver de vacío, viendo ante nuestros propios ojos todas las cajas plastificadas correctamente apiladas en el centro de uno de los hangares, con los ánimos cada vez más incandescentes, y sin saber qué era lo que podíamos hacer para sacarlas de allí y ponernos, por fin, en marcha hacia Skardú.

Sí, fue lo que se dice una entrada con mal pie, que nosotros empeoramos con una mala interpretación de las cosas. Los patriotas, vaya usted a saber por qué, suelen pensar que todos aquéllos que han nacido dentro de las mismas fronteras deben de tener los mismos o parecidos pensamientos, las mismas o parecidas ideas e intereses, las mismas o parecidas pautas de comportamiento. Y nosotros, que suponíamos que no éramos patriotas, ¿por qué, después de once días de tomadura de pelo por un funcionario asqueroso, habíamos llegado a pensar que el resto de los habitantes de Pakistán eran tan homogéneamente asquerosos como aquel gordo asqueroso que quería saber, entre otras muchas cosas, el peso de cada bolsa de té? Puede que existan cosas atávicas, recurrentes, que forman parte de la condición humana, y de las que no podemos evadirnos, como quien suelta un lastre y se olvida de él para siempre. Avanzamos en una dirección, pero todo avance, como la propia vida, tiene curvas,

quiebros, contrastes… y retrocesos, contradicciones. Y vuelta a caer en errores en los que ya antes habíamos caído y de los que creíamos estar liberados para siempre.

Al undécimo día de nuestra llegada a Islamabad, ocurrió el milagro: recuperamos las cajas enviadas por cargo aéreo y, con ellas, la libertad de movimientos. Y salimos, casi de estampida, hacia Skardú.

No hace falta encontrarse con un funcionario especialmente odioso para perder la calma. Cuando uno se desplaza cerca de diez mil kilómetros es normal que todo se te altere: la mente por las cosas tan distintas que encuentra, el cuerpo por los cambios de todo tipo y… los intestinos por las comidas y el agua. Debido a una infección intestinal que me afectó desde el noveno día de estancia en Islamabad, no fui por tierra, a través de la *Karakoram Highway*, hasta Skardú, con la mayoría de mis compañeros: poco más de ochocientos kilómetros de carretera, por llamarla de alguna manera, que en 1983 costaba tres días recorrer. Según Sebastián Álvaro y Carlos Contreras debía de considerarme muy afortunado por haberme librado de aquellos tres días de baches, averías y miedo por las escarpadas orillas del Indo, a cambio de apenas una hora de vuelo.

Los vuelos interiores por aquellas zonas montañosas suponían siempre una incógnita. Muchas veces, el aparato terminaba aterrizando en el mismo aeropuerto del que había despegado, ante la imposibilidad de hacerlo en el punto de destino por las malas condiciones atmosféricas o de visibilidad, así que el miedo tampoco estaba del todo ausente a bordo de los Fokker que hacían la ruta Islamabad-Skardú. De hecho, varios se habían estrellado en distintas laderas perdidas de la zona. Sin embargo, aquel día de finales de abril del 83, amaneció espléndido y pudimos ver, sin perder detalle, la grandiosidad del paisaje anterior al Karakórum, a cuyas dimensiones aún no nos habíamos acostumbrado. Sobrevolamos el Indo hasta el confín occidental del Himalaya, el Mazeno, las laderas del Nanga Par-

bat, rozamos varios collados nevados que escasamente rebasarían los seis mil metros, viendo, todavía muy por encima de nosotros, la cima del Nanga Parbat. Por fin, tomamos tierra sin ningún problema en el aeropuerto de Skardú.

En apenas una hora, todo había cambiado: el paisaje, el ambiente, nuestro estado de ánimo… el primer K2 que tocamos fue el motel que lleva su nombre, construido encima de un promontorio arenoso sobre la cuenca del río Indo. Desde dicho promontorio pueden verse el fuerte de la reina Mindoq, dominando todo el valle de Skardú, y, abajo, la inmensa planicie, de más de veinte kilómetros de longitud, que une el valle de Shigar desde el norte con la confluencia de los ríos Shyok e Indo, al este.

Ocho toneladas. Ése era el peso que transportaba el camión en que, pocas horas más tarde, llegaban nuestros compañeros tras tres días de viaje por la *Karakoram Highway.* Ocho toneladas que descargamos y que, inmediatamente empezamos a ordenar y numerar, distribuyendo en bultos de 25 kilos –el peso reglamentario que un porteador baltí carga a sus espaldas– las cosas que habíamos comprado en Islamabad: harina, aceite, arroz, legumbres…

Nos esperaba una jornada en todoterreno y unos doscientos kilómetros a pie hasta nuestro campamento bajo la cara oeste del K2. Pero sobre todo nos esperaban muchos descubrimientos, algunas sorpresas y fuertes contrastes.

Entramos con muy buen pie en el motel K2. Trabamos buenos lazos de amistad con Abbas, el director, con su mujer y con Sumaila, una niña encantadora, hija de ambos. Nos abrieron de par en par las puertas de su casa y nos permitieron acceder a la cocina y prepararnos, cuando queríamos, nuestras propias comidas. De esa manera pudimos hacer y enseñar a hacer a todos ellos algo tan importante como la tortilla de patata. Conocimos a Mr. Afridi, un buen hombre que ejercía el cargo de delegado del Gobierno para asuntos

de turismo en la región, que nos facilitó la tarea de contratar a todos los porteadores que necesitábamos para transportar nuestras ocho toneladas largas de equipo por los doscientos kilómetros que separan Dasso, entonces última aldea a la que llegaba una pista accesible para vehículos todoterreno, del pie del K2.

Algunos de nosotros habíamos militado como sindicalistas en nuestras empresas antes y después de la muerte del «Caudillo», y quiso el azar, como una ironía, que el día Primero de Mayo de aquel 1983 fuera el día en que formalizamos la contratación de casi trescientos porteadores, trescientas personas que sabíamos iban a trabajar para nosotros en unas penosas condiciones durante más de diez días. Entonces yo vivía estas cosas con cierto desasosiego, dentro del cual, muchos de mis ex compañeros de correrías políticas se afanaban en hurgar con frecuencia: «Sois unos cabrones, unos explotadores… y encima vosotros vais sin carga…»

Lo que me resultaba curioso de ellos es que luego, al referirse a nosotros, no decían con pesar: «yo conozco a una cuadrilla de inmorales explotadores…». No, cuando hablaban de nosotros, se enorgullecían de tener por amigos a los integrantes de una cuadrilla de supuestos alpinistas de élite que realizaban supuestas hazañas.

Dedicamos casi el día entero a numerar las cargas y asignarlas a cada porteador. Cuando cayó la noche, antes de cenar, tenía un nuevo amigo, Abdul Karim, pequeño, muy pequeño, con ojos muy vivos y pelo rizado negro y muy corto, enormemente alegre, accesible y que, al decir de Mr. Afridi y de otros compañeros suyos, era uno de los porteadores de altura más fuertes y expertos de todo el norte de Pakistán, incluido el valle de Hunza. Abdul Karim, *Little* Karim o Karim simplemente, como le llamábamos siempre, tenía un amigo, Rozzi Alí, que también iba a trabajar para nosotros como porteador de altura y al que, desde aquel día, también consideré mi amigo. Pasa-

mos juntos muchas horas durante la marcha de aproximación y, también después, en los días de trabajo en altura. La primera vez que respiré el aire de los ocho mil metros, Karim estaba conmigo y Rozzi Alí había llegado muy cerca. Yo apenas conocía cuatro palabras de inglés, pero, no sé cómo, nos entendíamos y podíamos intercambiar opiniones, no sólo acerca de los aspectos técnicos de montaña que nos concernían directamente, sino de muchos otros asuntos.

Rozzi Alí y Karim, aunque no rezaban habitualmente, al menos durante su trabajo con las expediciones, eran fieles musulmanes sufíes; no podían entender que alguien a quien consideraban una buena persona, como al parecer era mi caso, fuese ateo, y Karim se tomaba como algo dolorosamente personal mi ausencia del Paraíso en un futuro que sin duda llegaría, no porque él sintiera que premiados y condenados no pudiéramos ser amigos, sino porque estando en sitios tan dispares como el Cielo y el Infierno, no podíamos seguir viéndonos de vez en cuando, como sí podríamos mientras permanecíamos vivos, y esa cuestión le dejaba un poso de amargura que bien podía durar toda la eternidad, a pesar de las ventajas evidentes que él iba a encontrar en el Paraíso, sobre los fuegos eternos del Infierno, que era a donde yo iba a ir irremisiblemente.

Otras veces, muy pocas, intentaba otras tácticas y entonces ya no me hablaba de la bondad de Alá, de que Él lo veía todo, a pesar de que nosotros no podíamos verle, sino de las ventajas concretas del Paraíso, de los ríos de leche y miel y de la cantidad de chicas macizas que había por allí. Pero Karim insistía menos con argumentos interesados.

Tuve tiempo de conocer bien a Karim, ya que vivimos juntos durante casi cuatro meses, tres de ellos acampados entre los hielos del glaciar Saboya, al pie de la cara oeste del K2, y también tuve tiempo y buenas oportunidades de adquirir conocimientos útiles para futuras expediciones.

Muchas de las cosas que vivía en aquella expedición eran completamente nuevas para mí, estupendas, irrepetibles y, aunque algunas de ellas fueran desagradables, todas me resultaban tremendamente interesantes. La mayor parte de las experiencias similares que he vivido después me han emocionado menos, además, creo que algunas de las cosas que viví en 1983 fueron, también, superiores en intensidad y enseñanzas. Porque es obvio que ninguna montaña situada a diez mil kilómetros de casa empieza cuando uno se pone a escalar. Todo lo que ocurre antes de poder avistar su base forma, también, parte inseparable de ella.

Por lo demás, antes de iniciar la escalada tuvimos una serie de contratiempos menores que nos enseñaron, para el futuro, a caminar por el mundo. Uno de ellos fue el pésimo entendimiento con el oficial de enlace, a quien, sin embargo, no culparía hoy de tener toda la responsabilidad de aquella mala relación, que, como por simpatía, se extendió a la inmensa mayoría de los porteadores.

Además, habíamos ido demasiado pronto al K2. Entramos prematuramente en un glaciar, Baltoro, todavía cargado de nieve en exceso, y faltos de equipo y de motivos, y dados los antecedentes mencionados, más de la mitad de los porteadores nos abandonaron dos días antes de llegar al pie de la cara oeste.

Otra ironía del destino: aquel lugar en el que nos abandonaron más de cien porteadores se llama Concordia, una gigantesca plazoleta helada en la que confluyen los glaciares Baltoro, Godwin-Austen y Vigne. Estábamos completamente solos en toda la región, a nueve días de camino de la última zona habitada, con apenas cien porteadores para transportar trescientas cargas de 25 kilos y a dos días de camino de la vertiente que queríamos escalar. Nos olvidamos del K2; ahora el único objetivo, el verdadero problema, era llegar al campamento base. Y nos empeñamos en llegar a él como meta absoluta. Lo que viniera después pasaba a un segundo plano.

Cuando, diez días más tarde, durante los cuales también nosotros trabajamos como porteadores, alcanzamos en medio del mal tiempo la zona alta del glaciar Saboya, nos sentimos satisfechos de haber sabido vencer tantos obstáculos. Habíamos llegado al campo base y estábamos tan eufóricos como si ya hubiéramos logrado la cumbre. Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que, en realidad, a lo que habíamos ido allí era a escalar el K2, es decir, que la expedición, propiamente dicha, empezaba a partir del día siguiente.

Como una lección más, impartida por un maestro severo, aquella misma noche sufrimos la tormenta más fuerte que he visto nunca, un vendaval que estuvo a punto de destrozarnos todas las tiendas –malogró algunas–, todo el campamento, y de hacernos regresar a casa, simplemente por falta de lugar donde guarecernos. Si algo semejante se repetía, lo que quedaba de nuestras tiendas no podría aguantarlo.

Felizmente, ningún otro huracán volvió a visitarnos, pero tuvimos alguna otra sorpresa más. Una tarde en la que afortunadamente todos estábamos en el campo base, se produjo un pequeño movimiento sísmico. Sentimos temblar el suelo del glaciar. Atónitos, salimos de la tienda-comedor para ver si era cierto lo que nos temíamos: el suelo seguía temblando y alrededor de nosotros se producían multitud de pequeños aludes. De pronto, de la zona cimera del K2, un poco a la izquierda de la ruta que queríamos abordar, empezó a caer la avalancha más fantástica que jamás he visto.

Los días anteriores había nevado abundantemente a bajas temperaturas, por lo que todas las montañas de la zona se habían cubierto de un grueso manto de nieve seca, fría, ligera y poco cohesionada.

Tal masa de nieve, cuya caída se prolongó varios minutos, atravesó el kilómetro largo que distan la base del K2 de la del Angelus para encaramarse por la empinada ladera nordeste de este último hasta terminar rebasando los 6.800 metros de

altitud de su cumbre y acabar, una parte de aquel inmenso volumen de nieve, cayendo por la vertiente sur hacia el glaciar Godwin-Austen.

Tuvimos un tiempo especialmente malo en aquella primera expedición al K2. Como muestra, baste decir que hubo periodos infernales que duraron hasta diecinueve dias. Veíamos crecer la nieve alrededor de nuestras tiendas y nos preguntábamos si aquello terminaría alguna vez.

Sin embargo, el tiempo, siempre socorrida excusa, mejoró cuando menos lo esperábamos, y no fue, finalmente, el obstáculo que se interpuso entre nosotros y la cumbre.

Un día de mediados de julio, durante una fuerte ventisca, Karim me anunció, agitado, que venía buen tiempo. Pensé que se había vuelto loco de atar, pero él, señalando hacia el norte, dijo:

—¡Es viento de China! ¡Viene buen tiempo!

Creo que, de todo aquel grupo, solamente Antonio y yo deseábamos firmemente alcanzar la cumbre.

Me he referido ya a algunos aspectos ajenos a la escalada propiamente dicha, pero, si tuviera que elegir dos momentos de los ocurridos por encima del campamento base en 1983, me quedaría con mi primera tarde en el campo III, a 7.050 metros. «Rompía techo» aquel día, cosa que me encantó menos, sin embargo, que el lugar donde íbamos a pasar la noche: una minúscula plataforma que nos costó varias horas construir, a golpes de piolet. La plataforma, sobre la cual instalamos dos pequeñas tiendas, estaba situada bajo un extraplomo rocoso que las protegía de cualquier peligro de avalanchas. Más de una vez he dormido encordado, con tienda o sin ella, cuando el lugar no es lo suficientemente seguro. En cambio, allí, en aquel campo III, dormir era lo único que nos atrevíamos a hacer desencordados. Lo verdaderamente importante de aquella tarde fue la panorámica del Karakórum que divisábamos: un arco amplísimo cuajado de montañas tan hermosas como nunca

había visto. Sin embargo, después del primer vistazo general, creo que sólo tuve ojos para el Ogro y los Latok, al oeste. Habíamos llegado temprano a aquel privilegiado balcón, así que tuve tiempo de disfrutar con la visión de aquellas tres agujas que parecían estar fuera de lugar: verticales, estilizadas, inaccesibles, más propias de parajes como la Patagonia que de una cadena montañosa de la envergadura del Karakórum, cuyas elevaciones suelen adquirir formas más anchas y robustas. Sin embargo, aquellas tres agujas sobrepasaban los siete mil metros.

Las estuve contemplando hasta que vi ponerse el sol a sus espaldas, teñidas de rojo suave.

La otra experiencia fue la llegada a la cota de los ocho mil metros, un territorio soñado. Aquella segunda tarde sentí miedo a lo desconocido.

El 30 de julio estuvimos cerca de lograr la cumbre, y lo habríamos logrado si hubiéramos hecho otro planteamiento o, mejor, si le hubiera hecho más caso a Antonio, dado que él, para entonces, ya había escalado un ochomil, y, sobre todo, si yo hubiese tenido más confianza en mí mismo.

El motivo último de nuestra retirada en 1983, cuando estábamos a poco más de 300 metros de la cima, fue mi sospecha de que Antonio empezaba a presentar los síntomas de un edema cerebral.

Ciertamente, Antonio tuvo dos momentos de confusión durante un descanso a unos 8.250 metros, pero la verdadera cuestión de aquella retirada no fue, como nos pareció entonces, la sospecha, desmentida después, del edema de Antonio, sino todas las pequeñas cosas que se dieron allá: días de espera de material y oxígeno que nunca llegaron, días de mal tiempo y también nuestros errores de planteamiento. En total permanecimos en distintos campos de altura ocho días, demasiado tiempo, antes de salir hacia la cumbre.

En 1983 el K2 sólo había sido conquistado por seis expediciones, y sólo Messner, nada menos que Messner, y Dacher lo

habían hecho sin oxígeno siguiendo la vía normal. A pesar de la insistencia de Antonio en que nosotros también podíamos hacerlo, aun considerando la mayor complejidad técnica de la arista oeste, yo no me fiaba. Por eso tomé la decisión de utilizar oxígeno artificial en nuestro intento. Ésa fue una de las razones, quizá la principal, de nuestro fracaso.

Messner era poco menos que Dios en aquella época, y yo, contra la opinión de Antonio, había impuesto el oxígeno y, como consecuencia, los porteadores de altura en nuestro planteamiento de ataque.

A pesar de idealizar la audacia que se recoge en ese conocido himno («Ni en Dios, ni en reyes ni en tribunos está el supremo salvador…»), actué de modo conservador y, cual arcángel San Miguel, «¿Quién como Dios?», defendí lo establecido para todos los que no entrábamos en esa categoría suprema.

Ya lo he dicho: fracasamos en aquel ataque, primero, aprendí la lección revolucionaria, después, y me convencí de que también yo podía subir al K2 sin utilizar oxígeno artificial, pero ya no iba a tener más oportunidades en 1983.

Aquel año, que compartíamos el K2, aunque por distinta vertiente, con una expedición navarra, no «tocaba» llegar a la cumbre. Si lo hubiéramos logrado, habríamos demostrado con ello que éramos unos alpinistas de excepción para el nivel del alpinismo que había entonces en nuestro país, de esos que se adelantan un poco, no a su época, pero sí al resto de alpinistas. Ciertamente, no demostramos serlo porque no lo éramos.

Aprendí cosas aquel año, seguramente aprendí más cosas que en el resto de mis posteriores expediciones, pero todo proceso de aprendizaje implica, de alguna manera, un ejercicio de humildad. Quien piensa que lo sabe todo es muy difícil que aprenda algo; pero, a veces, cuesta ser humilde.

Eché la culpa de nuestro fracaso a la falta de apoyo de nuestros porteadores de altura, cargué tintas sobre todas las malas experiencias que habíamos tenido aquel año: el gordo

del Ministerio de Turismo, los recelos del oficial de enlace y de los porteadores de campo base, la fe religiosa, el tiempo… y seguramente alguna cosa más que ya no recuerdo.

Decididamente, aquel país, y aquella montaña no merecían gentes tan sublimes como nosotros. No sé cuántas veces pude llegar a decir que jamás, por nada del mundo, volvería a intentar escalar el K2 ni a pisar territorio pakistaní.

Abandonamos el glaciar Saboya, volvimos sobre nuestros pasos y alcanzamos Concordia, aquel punto situado en la confluencia de los glaciares Baltoro, Vigne y Godwin-Austen en donde nos habían abandonado más de cien porteadores durante la subida.

Este punto de encuentro de glaciares debe su nombre a William Martin Conway, el jefe de la primera expedición civil que se acercó por estos parajes a finales del siglo XIX, un crítico de arte que, misterios de la mente humana, encontró similitud entre este caos de hielo y bloques de gneis con la Plaza de la Concordia de París.

El haber podido observar Concordia desde las alturas, otorga algo así como poderes especiales para valorar en su verdadera dimensión este lugar. Concordia es el paisaje terrestre más grandioso, más sobrecogedor, más gigantesco que han visto mis ojos. No le encuentro la magia de otros lugares de Huesca, de la Tierra de Fuego o de la Patagonia, pero nada en el mundo tiene su grandeza.

Concordia supone, además, una frontera en el contacto visual con el K2. Cuando uno se aproxima a él, es el primer punto desde el que puede verlo. Al regreso, Concordia es el lugar donde uno lo pierde de vista.

Dejamos atrás Concordia durante la primera jornada de marcha. Creo que volví a desear el K2 en cuanto desapareció a nuestras espaldas.

Así terminó mi primer contacto con esta montaña, y así también empezó a tejerse una historia que duró once años.